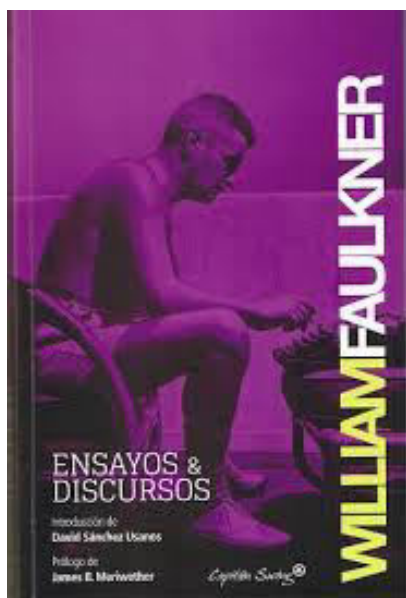


***En un lugar llamado Mississippi, por
Fernando Fonseca. Ensayos & Discursos,
de W. Faulkner.***

16/12/2012



**EN UN LUGAR
LLAMADO MISSISSIPPI**

Por Fernando Fonseca

Ensayos & discursos

William Faulkner

Capitán Swing Libros, 2012

369 páginas

Nunca se sabe... He llegado a la vaga conclusión — si vale decirlo así— de que los escritores que nos interesan son aquellos que irremediablemente nos hacen evocar a las estrellas. En su doble acepción, ver las estrellas. Pienso esto mientras reflexiono acerca del libro que acabo leer. Me refiero a *Ensayos & discursos*, de William Faulkner.

Los autores que más admiro me atenazan. Ahí está Faulkner; sin duda, huella indeleble en las prosas occidentales a partir de mediados del siglo XX. Y este libro me lleva tanto a la obra como al autor. A los grandes escritores los hacemos interesadamente enormes cuando equiparamos su trabajo con su actitud, sus historias con su estela, sus personajes con su biografía... Qué le vamos a hacer... Iconoclastas de inicio, pasamos a *mitoclastas* cuando momentáneamente abandonamos esos nombres queridos y admirados —de alguna manera también temidos— para adentrarnos en la generalidad de la cosa, porque sabido es que el hombre, incluso el tocado por la enfermedad de la literatura, ni vive, ni debe vivir, sólo de la exquisitez, y jamás ha de renunciar a la generosidad del esfuerzo lector. Me estoy refiriendo a que cuando leemos lo que nos llega sin más no hacemos sino engrandecer la presencia o recuerdo o compañía de nuestros queridos monstruos. En todo orden ha de establecerse una jerarquía, incluso en aquellos órdenes descaradamente subjetivistas o íntimos, como viene a ser el gusto literario de cada cual.

» *Los escritores que nos interesan son*

aquellos

que irremediablemente nos hacen evocar a

las estrellas.

Se han cumplido a la vez los 50 años de la muerte de Faulkner y los 50 años del llamado *Boom* latinoamericano. Hace 50 años... Mmm...

En estos *Discursos & ensayos* (también lleva prólogos, reseñas literarias y cartas públicas) Faulkner se muestra, con enorme y poco común sinceridad, como el coloso *antipático* (hoy dirán *políticamente incorrecto*) que fue, pues insiste en confesar osadías tales como que nunca lee a sus contemporáneos (en la mente de todos están), que tiene una opinión del pacifismo tan pobre como la que tiene de la guerra (*sic*) o que acusa una tendencia a lo mejor exagerada —sobre todo en los *Discursos*— a hablar de su nación, Norteamérica, desde un punto de vista que a nadie se le escapa como el posicionamiento —por decirlo suave— extendidamente idealista que es, en exceso patriótico y apegado a su emblemático Sur. También acude reiteradamente a las diferencias entre blancos y negros, no sin evaporar cierto tufillo de conmisericordia hacia éstos propia de quien se siente parte del grupo privilegiado.

» “*El Mississippi comienza en el vestíbulo*

de un hotel

de Memphis, Tennessee, y se extiende hacia el

sur

hasta el Golfo de México”.

A partir de aquí, nos encontramos con el Faulkner que más nos interesa y más nos enseña y más nos deslumbra: nos encontramos con el Faulkner que nos permite manifestar la gratitud por el inconfundible marchamo que ha dejado en la literatura universal de la segunda mitad del siglo XX en adelante. Se trata de esa textura poliédrica (en su caso tan personal e inconfundible), presente en todos sus trabajos —desde la más compleja de sus novelas hasta la menor nota de prensa—, que conduce indefectiblemente al más célebre laberinto geográfico de cuantos pueblan el atlas universal de la literatura: Yoknapatawpha. Ay, eterno Mississippi... Bíblica eufonía en torno a la vasta identificación de un territorio con el espíritu de un hombre bebedor de whisky y sus consecuentes tautologías. Porque, como arranca su relato *Mississippi*, “El Mississippi comienza en el vestíbulo de un hotel de Memphis, Tennessee, y se extiende hacia el sur hasta el Golfo de México”.

Este escritor, a medio camino entre la figura intocable del que se sabe ocupando un buen lugar en la gloria y la figura del mercenario del mecanoscrito, luchando cada día, en cada hora, por romper la barrera del lentísimo tiempo sureño, es de los pocos, de los poquísimos —raro, raro, raro...— que nos hacen vivir la impagable experiencia de comprobar hasta qué punto es posible que la prosa desborde los límites a menudo oxidados del consabido recipiente que la sustenta y le da cobijo.

¿A que ahora se comprende mejor mi visión de las estrellas?... Nunca se sabe.

Fernando Fonseca es escritor

(Publicado en *Literarias*)